

## CAPITULO VI.

### SACRIFICIOS DE AMISTAD.

Hemos obligado á nuestros lectores á presenci-  
ciar escenas desconsoladoras para las almas que  
guardan alguna fe en los hombres que deberian  
ser el modelo de la probidad. Aun cuando, como  
hemos dicho ya, nuestros personajes son entes hi-  
potéticos, los hechos, con poca diferencia, se han  
repetido y se repiten todos los dias. Sin embargo,  
hay tambien honrosas excepciones.

Para amortiguar un tanto la idea que puede haberse formado clasificándonos como pesimistas, queremos dar treguas por un instante al triste espectáculo de los horrores sociales que hemos puesto á la vista en nuestros anteriores capítulos.

Retrocedamos veinticuatro horas á las escenas del ministerio. Estamos en el camino que conduce desde Tacubaya á Méjico.

Fatigado, sudoroso y jadeando, un hombre corre siguiendo á un enorme mastin negro como el azabache. Una cabeza desmesurada, con orejas extremadamente cortas, denotaba que la raza del animal estaba cruzada con la de los llamados *bulldog*; sus ojos despedían vivos reflejos, sus colmillos blancos como la nieve, resaltando entre sus negros labios, y su lengua de un vivo color de rosa daban á su aspecto la ferocidad del jabalí, que unida al estrepitoso resuello de sus anchas narices, hacia apartarse á uno y otro lado á los transeúntes.

El noble animal estaba cubierto de polvo, y no dejaba de correr sino cuando se presentaba alguna de las muchas veredas que parten del camino real.

Entonces soplaba acercando la nariz al suelo como para buscar la pista de la caza.

El hombre en estas ocasiones no dejaba de azuzarlo, diciéndole :

— Busca bien, oso, busca, busca.

No era necesaria esta instigacion.

El animal olfateaba durante algunos segundos, y emprendia de nuevo su camino seguido de su acompañante.

Demos al lector una idea de este hombre.

De una talla de cinco piés y siete pulgadas, todos sus miembros revelaban la firmeza y la fuerza. Una cabeza pequeña y redonda como una naranja, exceptuando solamente la parte anterior que era aplastada; su cráneo estaba cubierto con un sombrero aleman de color aplomado, bajo el cual se veía salir su cerdoso cabello cortado á peine; su frente era pequeña, su nariz diminuta, aunque adornada con un caballete demasiado pronunciado; su boca saliente caracterizaba su fisonomía con un cierto aire de orangutan que hacían mas notable todavía dos ojillos peñísimos, escondidos en sus órbitas, cuya parte superior sobresalía de un modo raro, for-

mando una especie de tejado que prolongaban mas aun sus negras cejas. Unos bigotes cerdosos y negros se unian á su barba en forma de candado, dejando ver sin embargo sus labios deformes. La extremada longitud de sus piernas le permitia avanzar con una rapidez extraordinaria. El perro, sin embargo, llevado de su impaciencia se perdia de vista; pero entonces su instinto le hacia detenerse, ó bien volver como para excitarlo á que se apresurase. El hombre jadeaba y visiblemente iba perdiendo las fuerzas: por fin llegaron á la entrada del pueblo de Mixcoac. El hombre tuvo al parecer intencion de detenerse á respirar, porque torciendo un poco á la derecha, se dirigió hácia unos bancos de piedra que están frente por frente de la iglesia de San Juan, formando una especie de glorieta, y sombreados por corpulentos fresnos. Iba á sentarse y llamó al perro repetidas veces, pero este, lejos de obedecer, se adelantó por la calle recta, volviéndose en seguida á pararse frente de su amo, pero sin separarse del camino real. Volvió en seguida á emprender la marcha, y retrocedió segunda vez; se detuvo en el sitio que antes, mirando á su amo y exhalando un lastimero quejido.

Como esto fué obra de dos instantes, el hombre, movido por la inquietud del animal, se decidió á continuar el camino sin descansar.

El perro moviendo la cola y dando un brinco sobre el pecho de su amo, como mostrándole su gratitud, emprendió de nuevo su marcha, internándose por la calle recta sin hacer caso de los ladridos amenazantes de sus émulos, que tampoco amedrentaban al individuo que lo seguia y que dejó dos ó tres jirones de su pantalon entre los afilados colmillos de sus agresores.

Al entrar á la plaza principal del pueblo, el oso redobló su furor y se precipitó sin aguardar ya al interior de la casa en donde fué herido David.

Esto ocurría en el mismo momento en que el general y el coronel entraban en el coche, cuyos caballos, instigados por el látigo del cochero, partieron al galope para Méjico; su fogosidad estuvo á punto de atropellar al compañero del perro, que como este entró á la casa. Viendo cerradas las puertas de las piezas, que, como hemos dicho antes, estaban deshabitadas, se internó hasta la huerta.

Al momento de entrar vió que Rafael luchaba

por impedir que el oso lastimara á su buen amigo David, que acababa de caer á consecuencia de la herida que recibió del policía.

Este hombre que hemos seguido, era Martin, criado de Rafael y modelo de los buenos servidores.

Se apresuró á contener al oso, y en seguida se dispuso á prestar su ayuda á su amo. El perro, como si hubiera comprendido que sus caricias eran extemporáneas, al ver el ademán con que su amo lo habia desechado, se contentó con verlo de hito en hito, gruñendo cariñosamente, lamiendo su nariz y moviendo la cola en prueba de su contento.

Rafael dijo á Martin : — Busca unos trapos pronto para vendar la herida y unas hebras de hilo.

El criado salió.

El policía, que aun estaba allí detenido por la situación del herido, dijo á Rafael : — Si Vd. gusta, le ayudaré.

Rafael aceptó, porque en las difíciles circunstancias en que se hallaba, tenia necesidad de ser auxiliado.

Entonces se puso á examinar la herida, procurando antes contener la hemorragia por medio de lavatorios de agua fria, que tomaba del tanque próximo. Una vez logrado esto, Rafael se ocupó en examinar la herida.

Aunque practicante, era estudioso é inteligente.

Su deseo de salvar á David y el temor de que el tiempo trascurriese sin efectuar la primera cura, lo obligaron á emprenderla él mismo.

En este momento volvió Martin trayendo dos largas hebras de pita y un rollo de trapos. No habia podido conseguir las y venia sin camisa, pues la desgarró para obtenerlas. Rafael sacó el estuche que siempre traia consigo, y armándose de todo su valor efectuó la curacion con la destreza del mas hábil cirujano.

Terminada la operacion no sin graves sufrimientos por parte de David, que estaba casi desmayado á consecuencia de la hemorragia, lo acomodó lo mejor que pudo sobre la yerba y dijo á Martin :

— Corre á buscar una camilla.

El teniente de policía, que era un ignorante y que

deseaba, ahogando en su corazón los sentimientos naturales, complacer los deseos de su coronel, mucho más cuando después del suceso comprendió que el general estaba en ello interesado por su enemistad con David, deseando congratularse con ellos con la esperanza de obtener un ascenso, é insistiendo por lo mismo en llevar á cabo las órdenes que había recibido, dijo á Rafael :

— Lo llevaremos en el coche.

Rafael, sin creer que la intención del policía era conducir al herido en calidad de preso, se contentó con responder : — Imposible, el movimiento le haría mal; es preciso llevarlo en hombros.

Mientras tanto, Martín, con su eficacia característica, volvía ya acompañado de cuatro indígenas, que llevaban una camilla improvisada con ramas de árbol y una frazada.

No se extrañe el que ni el comisario municipal, ni el juez de paz tomaran parte en el acontecimiento; porque primeramente ocurría esto dentro de una casa, y después, las personas que figuraban eran militares. Militares, es decir arbitrariedad, despotismo, opresión.....

Todo el mundo ha experimentado á su vez el pesado yugo que impone á nuestra sociedad esta clase, que debería servir únicamente para el sostenimiento del orden público, para el aseguramiento de nuestra nacionalidad. Fuerza es decirlo, con pocas excepciones, los grados militares han sido los títulos del verdugo.

Desmoralizada esta honrosa carrera, de tiempos atrás, pero muy particularmente desde que hubo un hombre que, decorado con el título de presidente de la República, acostumbraba pagar los servicios más bajos con las condecoraciones de los jefes del ejército; desde esta época, decimos, la estupidez, la ineptitud y la poca delicadeza se han extendido vergonzosamente en esta clase. Y para que no se nos arguya de falsedad, citaremos dos casos que muchos conocen.

Existe todavía un hombre que tiene el empleo de...

Para obtenerlo no necesitó más que pedir el sueldo que había devengado como cocinero de S. E.

Hay otro que por haber admitido por esposa á una concubina del presidente, obtuvo una capitánía en el ejército.

Perdónese esta digresion que nos arranca deseo de corregir estos graves males :

Las defecciones para con los gobiernos.

Las cobardías y las traiciones ante el enemigo extranjero.

Volvamos á nuestra narracion.

Las autoridades de Mixcoac esquivaron un encuentro con los jefes militares. Por eso no tomaron conocimiento del hecho.

Colocado cuidadosamente David en la camilla y medio cubierto con la levita, fué trasladado á Méjico por los indígenas, á quienes acompañaron Martin y el oso.

Explicaremos la presencia de este en aquel lugar.

Habia visto salir á su amo mas temprano que de costumbre, registrar sus armas y pasar la noche en la mayor inquietud.

Movido por el extremado afecto que profesaba á su niño , como él decia , lo habia seguido hasta la casa de David, despues á la del general ; y conociendo el instinto extraordinario del oso, compañero casi inseparable de su amo, lo habia llevado consigo á fin de que lo guiase en caso necesario.

Ya hemol visto el buen resultado de su prevision.

Llegados á Méjico, el teniente de policia, que iba con Rafael en el coche que habia llevado á este y al general, quiso conducir al herido al cuartel para cumplir sus instrucciones, y solo desistió cuando Rafael le empeñó su palabra de que lo entregaria si así lo ordenaba la autoridad.

El oficial dejó á Rafael para consultar con el coronel lo que deberia hacer, y este, de acuerdo con lo que habia hablado con el general, le ordenó entablase una acusacion contra David ante el juez de turno por conatos de homicidio.

Rafael se adelantó en el coche para prevenir de alguna manera el golpe que iba á experimentar aquella familia desgraciada.

Llegó á la casa de David sumamente embarazado por la dificultad de salir airoso en tan delicado asunto.

Al tocar el porton, la suerte quiso que fuese Virginia, como la primera vez, quien le abriera la puerta. El sol, despidiendo sus rayos ardientes, iba á vivificar las flores de aquel jardin formado

por la poética é inocente Virginia. Las campanillas blancas y azules, en cuyo tierno cáliz se hallaban depositadas las líquidas perlas del rocío matinal, daban un nuevo encanto al aspecto del pequeño patio de la casa de Virginia.

Esta estaba ocupada en regar la multitud de macetas que ostentaban sus brillantes colores, las encendidas rosas, los blancos jazmines, los atractivos geranios, las aromáticas madreselvas y las tímidas violetas.

Rafael, á su entrada, fijó sus ojos velados por la tristeza sobre la jóven hermana de su amigo.

La inocencia que revelaba en sus oscuros ojos, la tranquilidad imperturbable que se leía en su tersa frente, la franca sonrisa que contrajo sus nacarados labios al saludarlo, agruparon en el corazón de Rafael toda una tempestad.

La primera mirada de Virginia habia sido una chispa que inflamó el corazón de Rafael. — Allí estaba la felicidad. Iba acaso á perderla. — Blanca ilusión. Iba tal vez á perderse para siempre. — Rayo de luz purísima que brilla un instante para hundirse en una eternidad de dolor.

Tales fueron las nubes que ofuscaron el pensamiento de Rafael, en el instante que vió á Virginia.

Su turbacion era visible; la jóven por su parte no sabia á qué atribuir el embarazo que notaba en el semblante de Rafael, pero no se atrevió á preguntar.

Por último, haciendo un esfuerzo sobrehumano, Rafael balbuceó :

— Quiero hablar... en el momento.... con su papá de Vd.... y..... con su mamá..... y..... con Vd.....

El acento conmovido de Rafael, la palidez que cubria su semblante y dos lágrimas que asomaron á sus ojos y que él detuvo cuando estaban próximas á rodar por sus mejillas, clavaron el dardo de la inquietud en el pecho de Virginia. El rosado color de sus mejillas desapareció, sustituyéndole una palidez mate : sus labios tambien se descoloraron, pudiendo apenas pronunciar : « voy á avisarles, » y se retiró haciendo seña á Rafael de que entrase, mientras ella por la puerta del corredor se dirigió á la recámara sin poder explicarse la causa del extremado desasosiego que engendraron

en su pecho las palabras de Rafael unidas á su turbacion exterior.

La delicada organizacion de Virginia adivinó, por decirlo así, la proximidad del golpe que iba á recibir su corazon, y solo el deseo de no aumentar la pena de sus ancianos padres la hizo sofocar los primeros gritos de su alma.

Rafael esperaba en la sala con el temor de un reo que aguarda su sentencia de muerte.

Habia sacrificado su opinion acompañando á David. En este instante creia sacrificarle su corazon.

## CAPITULO VII.

### INFIERNO Y GLORIA.

Pocos momentos despues de la entrada de Rafael en la casa de David, se presentaron en la sala los padres de este.

Eran dos ancianos. D. Juan, padre de David, tenia todo el aspecto de un veterano del ejército. De estatura baja, su talle se mantenía sin embargo enhiesto á manera del viejo roble que se